

La Esfera

25 Noviembre 1916

Año III.—Núm. 152

ILUSTRACION MUNDIAL



Fragmento de un cuadro de Hernández Nájera

DE LA VIDA QUE PASA
LAS CALLES EX CÉNTRICAS



La calle de Torrijos, de Madrid

FOT. LÁZARO

EL hombre sueña y se complace siempre en lo que no tiene, en lo remoto, en lo difícil, y de ahí la eternidad del progreso y la perpetuidad también del humano dolor.

«Arroyo, ¿en qué ha de parar tanto anhelar y sufrir, tú por ser Guadalquivir, Guadalquivir por ser mar?...»

Y, como las aguas, los corazones. A nuestras alegrías va vinculada, invariablemente, una idea de fuga; en lo que nos parecemos á los pájaros, los cuales, apenas encuentran algo que comer, lo cogen y echan á volar. Los novios provincianos, ¿donde pasarán sus primeras semanas de amor, si no es Madrid, en este Madrid que sólo conocen á través de las novelas y de las tarjetas postales?... En cambio, los novios cortesanos aspiran á esconder su felicidad en un pueblecillo serrano ó en un puerto de mar.

—¡Si tú vieras el mar!—exclama «él», conmovido.

Y «ella», suspirante, entorna los ojos, y mientras á sus labios suben las notas de una barcarola, recuerda una marina que vió pintada en el fondo de un plato.

Un trasiego análogo de deseos y de personas se realiza—especialmente los domingos—entre cada gran población y sus arrabales. Los habitantes de los barrios extremos esperan un día festivo para ir «al centro»; les atraen los cafés, los cinematógrafos, los teatros, el mismo aspecto suntuario de los nobles edificios que sólo ven de tarde en tarde. Por su parte, los vecinos «del centro» huyen al campo, en busca de sol y de una merendona al aire libre, bajo la fronda cuchicheante.

Con los amores ó amoríos, diseminados como árboles, como oasis, á lo largo de nuestra vida, y los sitios en donde los refugiamos ó escondemos, sucede lo propio. Generalmente, las pasiones nacidas entre los bastidores de un teatro, en un restaurant de lujo á la hora del «five o'clock»,

ó en el saturnalesco guirigay de un baile de máscaras, si llegan á consolidarse, pronto esquivarán los lugares ruidosos donde surgieron para ir á serenarse, á purificarse, en el reposo soleado y provinciano de las calles ex céntricas. Hay en este fenómeno el egoísmo del amor, que gusta de andar solo, y también un cierto secreto de arrepentimiento, y una necesidad de olvido. Las calles centrales son las encrucijadas de la sorpresa, las rutas de la aventura, los cotos del placer, cazado al pasar, entre la gravedad y el fastidio de dos negocios; mientras las vías distantes son el amparo de los amores pacíficos, afirmados acaso por las gracias de un niño, sobre los cuales el tiempo va tejiendo un disfraz de legalidad.

Es dulce pasear por esas calles casi suburbanas que unen á la distinción peculiar de la arquitectura de las grandes urbes, el reposo y la sencillez y llaneza de costumbres de los pueblos. Son vías anchas, rectas y sin empedrar, en las que á todas horas hay gallinas y niños jugando. En los días buenos del invierno, las vecinas de los cuartos interiores se sientan en las aceras á gozar del sol. Todas se conocen, y los habitantes de cada manzana constituyen una especie de familia. Allí no puede haber virtud ni vicio ocultos: se sabe qué hombre trae á su casa su jornal, y qué marido se emborracha y le pega á su mujer, y qué mujer es limpia, y quiénes están casados de verdad y cuáles lo son de mentirijillas... En muchos balcones hay flores, y á ellos suelen asomarse muchachas vestidas pulcramente, que viven solas ó con una criada, y alrededor de cuya vida flota un pequeño misterio. A estas «descalificadas», que cuando salen á la calle no saludan á nadie, sus vecinas las miran con un desdén en el que acaso burbujea una envidia.

En esos rincones de la capital, el amor ha compuesto una especie de horario, que ninguna vecina ignora.

«Cuando pasa «el señor del perro»—dicen—son las cinco; cuando suena la trompeta del au-

tomóvil del señorito que viene al número 11, son las seis...»

¡Calles admirables, donde todas las horas son de paz y traen una ilusión!... ¡Y no importa que el hastío se lleve unos niños, cuando la juventud y la alegría de vivir traen otros!...

Todos los días huye un amor del centro á la periferia de la capital. Diariamente, un estudiante dice á su amiga:

—Para que mi padre no se entere de que te quiero, nos mudaremos á un barrio solitario.

Diariamente también, un prócer respetable—senador, diputado, mayor contribuyente—determina hacer lo mismo, y entonces es cuando las vecinas de una de esas calles tranquilas, llenas de muchachos, de gallinas y de sol, ven pasar á un caballero peliblanco, ó á una señora bien vestida, ó á un señorito que parece estudiante, con la mirada en alto, en busca del balcón donde haya albaranes.

Una tarde, de portal en portal, corre la noticia de que en el cuarto segundo—por ejemplo—de la casa número 15, «ya no hay papeles».

—¿Quién se ha quedado con él?—pregunta una vecina.

—Me parece — otra responde — que es aquel señor del gabán azul que vimos ayer.

El hecho es cierto: á la mañana siguiente, muy temprano, un carro de mudanzas se detiene ante «el número 15» y de él varios hombres comienzan á descender unos muebles de bazar; muebles nuevecitos, coquetones, frágiles, ¡ay!, tal vez como la pasión que ha de guarecerse en ellos; muebles frívolos, cual la risa, destinados, quizás, á no durar allí más que una primavera.

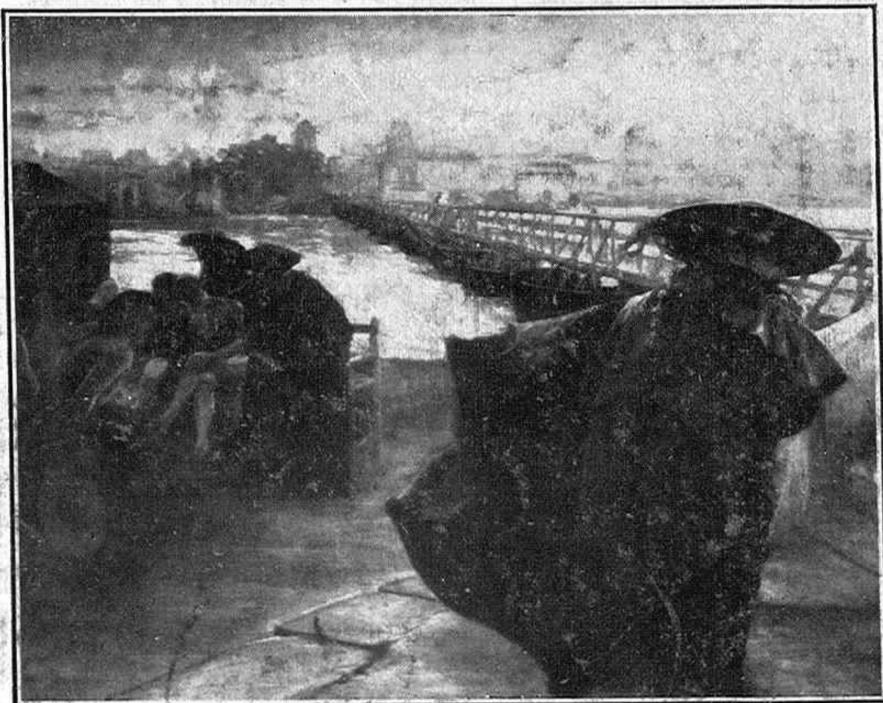
¿Qué importa? Entretanto, esas calles ex céntricas, por donde los galanes de hoy pasarán algún día arrastrando los pies, parecen ceñir á la ciudad, bulliciosa y febril, un cinturón de amor y de silencio.

EDUARDO ZAMACOIS

ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS
HERNÁNDEZ NÁJERA



"Obra de misericordia"



"Don Alvaro o la fuerza del sino"

(Cuadros de Miguel Hernández Nájera)

EN el arte, como en la literatura, suelen sonar repetidos y frecuentes unos cuantos nombres que son siempre los mismos. Esto es lógico y natural, toda vez que cada generación ofrece en los comienzos un gran número de artistas y de escritores que luego el mérito, la casualidad ó la suerte van seleccionando y reduciendo. Por algo se emplean los vocablos batalla y lucha al hablar de estos peregrinos de la gloria. Como en la guerra avanzan las filas nutridas y numerosas en anónima confusión y en igualitario ejército de desconocidos. Después comienzan las escaramuzas, los combates, los encuentros en que no salen mejor librados los espíritus que salen los cuerpos en las guerras verdaderas. Poco á poco van quedando atrás los rezagados, los vencidos, los débiles, los tímidos. Se aclaran las filas cada vez más, y por último, de aquellos tantos soñadores que emprendieron la ruta juntos é inflamados de idéntico entusiasmo, sólo han llegado unos cuantos...

Sin embargo, medio en penumbras, hay también otros que no se pueden clasificar como vencidos ni como desalentados. Sus voces parecen débiles ante el clamor de los vencedores. Su personalidad se oscurece por los ajenos deslumbramientos. El público no repite sus nombres con esa familiaridad de los consagrados.

Pero en este desconocimiento de méritos y prestigios no siempre es justa la fama, ni certera la suerte, ni bien orientada la casualidad. Acaso sería oportuno sustituir algunas de las figuras

de primera línea por otra de estas que sonríen melancólicas en sus puestos secundarios.

Viene todo este prologuillo á cuento de Miguel Hernández Nájera, á quien la personal modestia no consintió antes de ahora alcanzar mayor renombre que otros notoriamente inferiores á él.

Ingresó primero en el estudio de Alejandro Ferrant y pasó luego al de Emilio Sala. Como veis, supo elegir bien los maestros.

De Ferrant aprendió Hernández Nájera la gracia expansiva y colorista de los apuntes fáciles; de Sala el buen gusto de la composición, la corrección del dibujo y el respeto al natural.

Entre sus numerosas recompensas, figuran las siguientes: tercera medalla en la Exposición Nacional de 1890, segundas medallas en las de 1892 y 1895, condecoración en la de 1899, mención honorífica en el Salón de París de 1900 y consideración y honores de primera medalla (elevados á efectividad de primera medalla por una Real orden de 1915) en la Nacional de 1901.

Es un entusiasta de Granada. Sus notas granadinas son características é inconfundibles. Dan una cálida sensación optimista pintadas como están á todo sol y embriagadas de la pompa de sus jardines. Tiene el Generalife en Hernández Nájera un intérprete excelente.

También alterna sus paisajes de Granada, de Sevilla y de otras regiones andaluzas con sus cuadros de tipos castellanos, en que sabe aprovechar con mucha fortuna los trajes pintorescos, las costumbres arcaicas y las figuras cenceñas de los hijos de Castilla, la siempre hidalga y generosa.

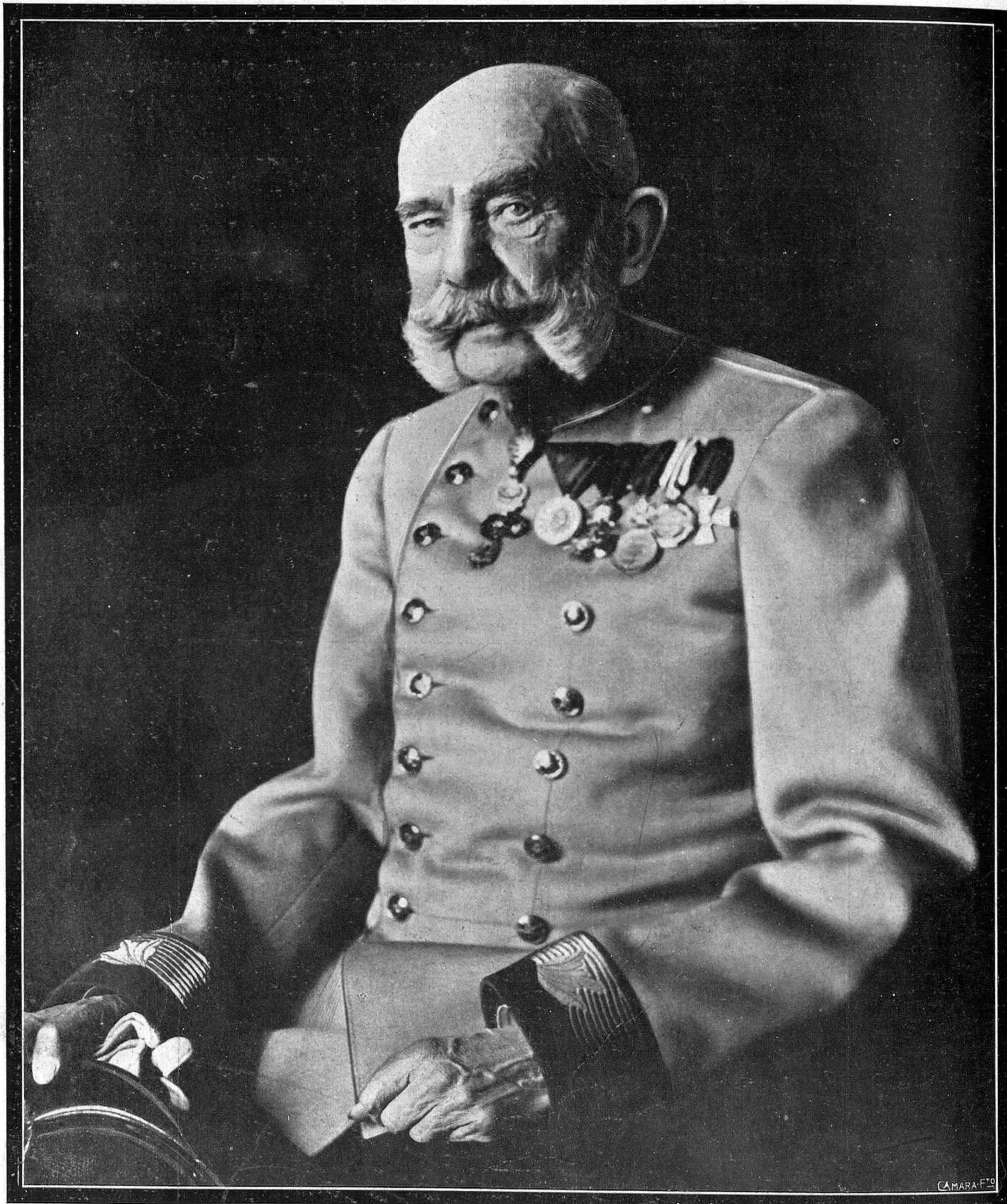
Por último, es un gran imaginativo, capaz de componer esos lienzos en los que no se tiende sólo á bellas armonías, sino que responden al deseo de hacer pensar y sentir al espectador. Ejemplos de esta tendencia de Hernández Nájera son el cuadro *Don Alvaro o la fuerza del sino* (Exposición Nacional de 1906), que reproduce una escena de nuestro siglo XVIII, y *Besos y votos* (Nacional de 1904).



"Campesinos castellanos", cuadro de Miguel Hernández Nájera

BRITISH LIBRARY

MUERTE DEL EMPERADOR DE AUSTRIA



FRANCISCO JOSÉ, EMPERADOR DE AUSTRIA, QUE HA FALLECIDO EL DÍA 21 DEL ACTUAL

Con el Emperador Francisco José, desaparece del escenario político mundial una excelsa figura de Jefe de Estado. Ella sintetizaba toda la historia de Europa a partir de 1848, con su largo cortejo de guerras y revoluciones, de pactos y de tratados, de alianzas internacionales y de dislocaciones del mapa; historia a la que añade luctuoso capítulo la presente interminable contienda. Tristísimo hado debió presidir al nacimiento de Francisco José, ya que su existencia como hombre tuvo casi siempre por compañeros inseparables el dolor y las lágrimas. Esposa amantísima e hijos y deudos abnegados le arrebató el destino en horas y circunstancias trágicas, llevando muchas veces el duelo a un hogar que debiera haber sido felicísimo. Al deplorar la pérdida de ese gran monarca, pérdida siempre lamentable, pero ahora mucho más sensible, porque añade un problema más a la obscura solución del cruel enigma latente en los ensangrentados campos de batalla, hacemos presente el respetuoso testimonio de nuestro pesar a la Familia Real española

CAMARA-FOTO

LA ESFERA

JOYAS DE LA PINTURA



RETRATO DE ELENA FOURMENT, SEGUNDA ESPOSA DE PEDRO PABLO RUBENS, PINTADO POR ESTE INMORTAL ARTISTA

REPRODUCCIÓN HECHA POR DE MABE

NUESTRAS VISITAS

LORETO PRADO Y ENRIQUE CHICOTE

UN portero ó tramoyista nos interrumpió.
—Don Enrique: ahí está un señor que viene á recoger una obra que le dejó á usted hace una semana.

—¿Cómo se llama?

—El autor, Tabernillas, y la obra, *Anda p'alante*.

Chicote se quedó meditando un momento; después, como pensando en alta voz, murmuró:

—¿*Anda p'alante*?... ¿Tabernillas?... Tengo una idea... Que *ande p'alante* y que vuelva otro día...

Reímos. Salió el portero y volvimos á quedarnos solos.

—¡Hombre, esto no es vivir!—protestó Loreto—. No nos déjan ni respirar á gusto. Como que se nos pasan muchos días á Enrique y á mí que no podemos hablar de nuestras cosas y á veces que no nos vemos más que en escena.

—¿Y á usted le sienta esta vida, Loreto?

—Cuando llevo veinte años metida en ella y no me he muerto todavía, me sentará. Ahora

tengo un constipado de mil demonios. Estoy imposible: tengo la nariz hinchada; los labios como dos tomates y los ojos llorosos. Hoy no es mi cara siquiera.

Y Loreto hizo una pausa para toser; después exclamó:

—¡Qué demontre de tos! Y gracias á que yo soy muy fuerte. Los médicos dicen que todas mis enfermedades están en los nervios, y eso debe de ser, porque yo, en dieciocho años, no he tenido que guardar cama más que cuando tuve la dichosita pulmonía, y jamás se ha suspendido una función por indisposición ni enfermedad de Loreto.

Calló la genial y simpatísimas artista; pero nuestra atención seguía prendida de sus labios. Estábamos en el saloncillo del Cómico sentados alrededor de una mesita, sobre la cual había copas con jerez y pastas. Tenía aquella habitación cierto sabor de sacristía. No sé por qué. Por una ventana alongada entraba el crepúsculo gris y humoso de una tarde huraña y desapa-cible.

Loreto y Enrique, en la vida particular, conservan la misma silueta espiritual que en la vida artística. Los dos muy simpáticos. Ella, inquieta, nerviosa, ocurrente, risueña, chillona, espontánea y sincera: toda gracia y originalidad. El, apacible, bondadoso, infantil—con esa ingenuidad infantil patrimonio de los espíritus sanos—y siempre sonriendo.

Cuando habla Loreto, que es casi siempre,

Enrique la mira con un deleite, con un arrobamiento de pasión. Y yo lo comprendo perfectamente. ¡Cuántas penas é ingrati-tudes habrá alejado del alma de Enrique la charla insinuante y saladísima de su Loreto!

—Bueno, vamos con nuestra interviú, Loreto—la dije.

Casi no me dejó terminar.

—¡Qué interviú ni qué narices, hombre! Tome usted una pasta primero.

Después que acepté su ofrecimiento prosiguió:

Noshan hecho tantas cosas en los periódicos que ya nada nuevo le podremos decir.

—Y de anécdotas le advierto á usted que andamos muy mal—agregó Enrique, curándose en salud.

—No importa. Son ustedes buenos modelos y siempre habrá motivo para que se luzca un periodista por muy malo que sea, como ocurre en este caso.

Hubo unas galanterías, unos sorbos de jerez y...

—Vamos á ver, Loreto; ¿usted, desde pequeña, sentía gran inclinación por el teatro?

—Según lo que quiera usted decir por pequeña.

Yo he sido, soy y seré toda mi vida pequeña.

—¿Y quisiera usted ser más alta?

—¡Ya lo creo!

—Perdería usted gracia.

—¡Qué había de perder! Ríase usted de eso. Pues contestando á su pregunta, le diré que yo me hice del teatro odiándolo con todos mis sentidos...

—¿Cómo es eso?

—Verá usted. Yo pertenecía á una familia de mucho rango... Mi padre era abogado, pero no ejercía la profesión; teníamos mucho dinero. Ya ve usted, yo nací en la calle Ancha, en esa casa grande que parece... es decir, y lo es, un palacio.



LORETO PRADO



ENRIQUE CHICOTE



Chicote y Loreto en el saloncillo del Teatro Cómico, leyendo una obra

FOTS. CABALLERO

—Hasta en eso coincidimos—murmuró Enrique—. También nació yo en la calle Ancha.

—Pues bien—continuó Loreto—, como le iba a usted diciendo, la familia de mi padre era muy rica y la de mi madre muy aristocrática. De pequeña... yo... tenía gracia. ¿Verdad, tu?...

—Sí, la invitó Enrique.

—Pero jamás me pasó por el pensamiento la idea ser del teatro... En mi casa, cuando venía alguna visita, me llamaban para que yo amenizase la tertulia: «Anda, «niña», canta alguna cancióncita, baila el tango del repollo»—me decían—, y yo me entretenía en hacer gracia ante la reunión. Y nada más.

—¿Y cómo fué dedicarse al teatro?

—Delido a la muerte de mi padre y a otras penalidades, mi casa se vino abajo. Para ayudar a mi familia, no tuve más remedio que entrar de meritoria—segunda tiple con dos pesetas—en el Teatro Felipe. Yo me daba unas llantinas enormes, porque a mí aquella vida del teatro no me gustaba; principalmente porque yo no quería enseñar el escote, los brazos y las piernas. ¡Mire usted qué tontería! ¡Figúrese usted! Estando así, de racionista, en el Teatro Felipe, se puso muy mala una chica que era primera figura, y nos probaban a todas las segundas tiples para sustituirla. Yo le juro a usted que hice todo lo posible porque no les gustara mi trabajo; pero por desgracia, no fué así. Me eligieron a mí y debuté con *Los carboneros*... ¡Lo que lloré aquella noche antes de salir a escena. «Ojalá no gustase—decía desesperada—. Yo no quiero ser del teatro. Malísima sea mi suerte.»

—¿Y la aplaudieron a usted?

—Sí, muchísimo. Y al terminar la función se presentó en mi cuarto el representante, y me dijo: «Vamos a ver, mocosa: ¿la niña estará contenta si desde hoy le ponemos en nómina de dos duros?» Para mi familia era la salvación, y yo en aquel momento, mirando al bienestar de los míos, me dije: «Loreto, no tienes más remedio que hacerle la pascua y ser del teatro»; pero créame usted, si no lo hubiese encontrado tan fácil, a estas horas no sería cómica. Con mi voluntad no he ayudado nada absolutamente; ahora ya, no es precisamente afición lo que siento, es deseo de complacer al público; de que mis espectadores salgan satisfechos de mi trabajo, viendo que yo puse toda mi alma en él.

—¿Desde el teatro Felipe a dónde pasó usted?

—Me contrató María Tubau y no pude ir porque mi hermana se puso muy mala. Después pasé a Apolo, y de allí a Romea de primera figura, hasta que me reuní con Enrique en Martín.

—¿Se conocían ustedes antes?

—¡Quiá! Sólo de oídas. Yo recuerdo que decía: «¿Quién es ese Chicote a quien llama «genial», *El abate Pirracá*? ¡Qué barbaridad! ¡Cuánto bombo! Pero, ¿quién es ese tío?»

—Te advierto—la interrumpió Enrique—, que

yo de ti decía otro tanto... Te contraté conmigo para quitarte los moños.

—Pues ya tenías trabajo, chico—exclamó Loreto en broma—. ¡Porque con la cantidad de pelo que tengo yo!

—¿Muy largo?—pregunté.

—¡Larguísimo! Tengo un pelo abrumador. Más de vara y media de largo. Me llega casi a los pies. Mucha gente, cuando salgo con él suelto en *La sobrina del cura*, no cree que es mío. Mío y muy mío desgraciadamente.

—Usted hace admirablemente el género cómico y dramático, ¿cual le gusta más?

—Para hacerlo yo, lo cómico. Lo dramático me mata. ¡Como yo no puedo fingir, pues me entrego en absoluto a la obra, y si esta es dramática, pues me he fastidiado! Verá usted, recuerdo que en una obra de Viérgol tenía yo que morir de una angina de pecho; pues lo tomé tan a lo vivo, que cayó el telón y estuve en el suelo sin conocimiento más de media hora; tanto es que el público creyó que me había muerto de veras, y poco faltó para que le dieran una paliza al autor. ¡Gracias a que escapó!

—¿Pero qué sintió usted?

—Mira qué gracia; pues sentí como si me matara una angina de pecho; el ahogo, la punzada aguda en el brazo y el colapso. Todo lo que yo había leído en un libro de medicina. ¡Pues y si tengo que llorar! Me tomo unas llantinas de verdad que no hay quien me consuele.

—¿es ha producido a ustedes mucho dinero la razón social artística?

—Terció Enrique.

—Tenemos cada uno nuestro fondo y nuestros ahorros separados. Yo he sido siempre el empresario, y a Loreto la tengo contratada. A mí el teatro me ha producido bastante, pero porque he hecho buenos negocios, como el del Gran Teatro, el de Apolo y otros.

—Yo—dijo Loreto—no tengo una peseta ahorrada, porque si es verdad que he ganado muchísimo, he tenido necesidad de sostener a muchos y ha habido infinitas enfermedades en mi familia.

—¿En qué teatro y ante qué público trabaja usted más a gusto, Loreto?

—En mi teatro Cómico y ante este público, que me quiere como si fuera de la familia.

—¿Qué suprema aspiración acaricia usted para el porvenir?

La notable artista quedose perpleja; después murmuró:

—¡Dios mío de mi vida, qué sé yo! Créame usted que ya está una al cabo de las aspiraciones. Ponga usted que vivir tranquilita y que me sigan aplaudiendo, pues yo no pienso retirarme hasta que sea muy viejecita.

Hubo un silencio. Yo me dirigí a Chicote.

—Y usted, Enrique, ¿cómo fué dedicarse al teatro?

—La casualidad. Siendo yo estudiante de Derecho se dió una función de aficionados en el teatro Alhambra. Hicimos *El maestro de baile* y tuve un éxito enorme.

—Entonces, ¿dejó usted la carrera?

—Dejé la carrera y me metí a cómico. Entré en el teatro Madrid, estuve quince días y no me pagaron. Esto no tiene nada de particular, pues es muy frecuente en el teatro. Después fué al teatro Felipe y allí me significó mucho haciendo en *El año pasado por agua*, el guardia. De allí pasé a Romea en sustitución de un actor que se llamaba Ramiro Cabarro.

—¿Y allí conoció usted a Loreto?

—No, señor. Si yo no conocí a Loreto hasta que la contraté para Martín. En Romea—prosiguió—estuve tres años y salí contratado por Palencia para la Princesa.

—¿De primer actor cómico?

—¡Ah, sí, sí! Yo he sido siempre primer actor desde el día que debuté. Al terminar aquella temporada de la Princesa, Amato, Manini y yo formamos compañía. Anduvimos por provincias y después, al quedarse Manini y yo solos, tomamos Martín, en donde contraté a Loreto; creo que fué el año 97 ó 98.

—¡Hombre, no digas fechas! Mira que tienes unas cosas—observó Loreto en broma—. ¡No ves que echan cuentas y estamos perdidos!

—Y ya—continuó Chicote—formamos la razón social que usted ve. Desde entonces ni un año hemos dejado de trabajar en Madrid. Puede usted decir que somos los artistas que más hemos trabajado aquí. Por eso, nuestra atracción principal en la Corte es la popularidad; esto es labor de tiempo. Por ahí se ha dicho que lo característico de Madrid es la Loreto, Chicote y el cocido.

—Entonces, usted no ha pasado hambre, ni malos ratos, ¿no?

—Este no ha pasado nada. ¡No sabe lo que son penas! No ve usted que cuando empezaba tenía su casa y cuando venían mal paradas pues se metía en ella y a vivir—exclamó Loreto.

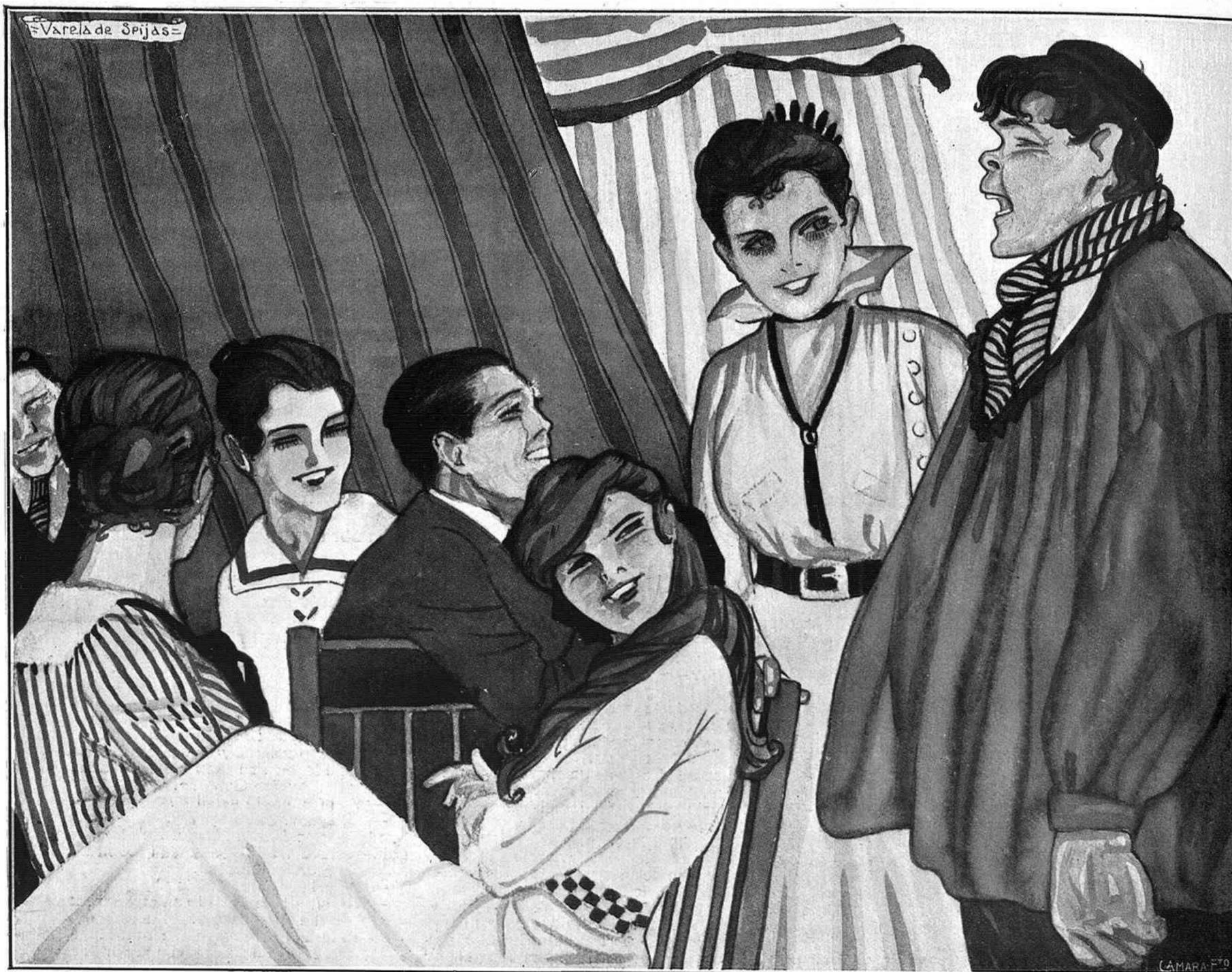
—Claro, no me iba a quedar en la calle—dijo Chicote.

Tomamos un traguito de vino y después le dije: —Me convidarán ustedes a su boda, ¿no? ¿creo se verificará pronto?

—¡Ah, por Dios! No hable usted nada de nuestro casamiento. Hace cuatro años tenemos puesta la casa en la calle San Marcos. Pues por desgracias de familia no hemos podido casarnos... Y ya, mejor es no hablar de ello. El día menos pensado nos levantamos solteros y nos acostamos casados... No; no hable usted de nuestra boda, *Caballero Audaz*, que las gentes van a decir, y con razón: «¡Pero qué boda ni qué narices! ¿Por qué no se han casado ya en vez de anunciarlo tanto?»

EL CABALLERO AUDAZ

CUENTOS ESPAÑOLES



EL QUE LA GANÓ

Para la lindísima Marieta Valero de Palma

Y Felipón hacía que resaltase aún más la fealdad de su rostro simiesco, lanzando risotadas como gruñidos:

—¡Ju ju, ju ju!

Formaban un grupo pintoresco. Bajo un toldo de la playa, siete muchachuelas lindas y cinco donceles apuestos de la colonia veraneante, se divertían embromando al tonto Felipón. Era éste un mocillanco fornido, alto, de manazas enormes y fealdad imponente. Bizco, chato, con la boca siempre abierta, mostradora de la dentadura renegrida. Felipón era hijo del dueño de los coches. Y el tonto servía a su padre para cuidar de las cabalgaduras. También lo utilizaba el párroco para officiar algunas veces de campanero. Y entonces, del campanario salían dos voces: metálica, una; humana, otra. Felipón hacía duo al campaneó con estridentes gritos:

—Talán, talán; tolón, tolón.

Lo que distinguía sobre todo a Felipón era un miedo extremado. Le corrían los chiquillos. Le hacía huir cualquier mocose te que le amenazara. Varias veces, los pedruscos lanzados por manos infantiles pusieron chichones en la cabeza del tonto. Y este se refugiaba entonces en un rincón de la cuadra lloriqueando y escondiéndose para que no le viera su padre que le increpaba:

—¡Cobarde, cobarde!

Aquella mañana, Felipón había ido a la playa con un recado de su padre para los señoritos.

Habían proyectado estos una gira. Tenían encargados seis coches. Y Felipón fué a saber la hora en que deseaban tener los vehículos dispuestos para la excursión. Los señoritos se quisieron divertir un rato a costa del tonto. Dirigía las chanzonetas la más bonita, la más parladora, la de más gracejo.

—Escucha, Felipón. ¿No has tenido nunca novia?

—¡Ju, ju, ju! ¡Qué cosas se le ocurren a la señorita!

—¿Pero no te gustan las muchachas? ¿No te gusta yo?

—¡Ju, ju, ju! Como gustarme usted, sí me gusta.

Uno de los jovencuelos, encarándose con Felipón:

—¡Ah, pillastre! Con que te gusta la señorita Julia, ¿eh? Ya se lo diremos dentro de un rato a su novio, el señorito Luis, cuando vuelva de la finca.

Ya no rió entonces Felipón. En su semblante se dibujó una mueca de espanto. Y murmuró balbuciente:

—No le digan nada, no le digan nada. Me pegaría.

Un coro de carcajadas siguió a la voz trémula de Felipón. Julia, misericordiosa, compadecida de aquel hombretón hercúleo de alma tan ciega y débil, exclamó para calmarle:

—No temas nada, Felipón. El señorito Luis, aunque supiese que yo te gusto, no había de hacerme ningún daño. También me gustas tú. Y hasta me gustas más que el señorito Luis. ¡Palabra!...

Felipón, ya encalmado, tornó a su imbécil risotear.

—¡Ju, ju, ju! ¡Gustarle yo a la señorita! ¡Ju, ju, ju! ¡Y siendo tan guapo D. Luis! Me voy a la cuadra con las caballerías.

Uno del grupo exclamó:

—No debes nunca salir de allí.

No le oía Felipón, que, silbando, echó a correr zambamente, hundiendo sus zapatones en el arenal de la playa.

ooo

—¡Riá, riá!

Los gritos de Felipón sobresalían potentes animando a los caballejos. Regresaban de la merendola, que fué abundante y en la que se bebió de firme. Componían la caravana seis jardiñeras. En una de ellas, en la más rezagada, iban

Julia, Luis y otras dos muchachas. Lo propuso Luis.

—¿Qué prisa tenemos para seguir á los demás coches que corren tanto hacia el pueblo? Aún es temprano. ¿Le decimos á Felipón que pare y nos sentamos un rato ahí sobre el verde césped?

Fué aprobada la proposición. Se detuvo el coche. Se aposentaron los jóvenes sobre el verde tapiz de una colina. Felipón también había descendido del pescante y arreglaba los colle-

A zancadas salvó el tonto la distancia que separábase de los señoritos. Luis, riendo, para dar al tonto confianza le indicó:

—Mira. Vamos á ver cuál tiene más fuerza de los dos. ¿Quieres?

—Ju, ju, ju. Tendrá más el señorito.

—Anda, vamos á verlo. Nos cogemos por las cinturas y á ver cuál echa al otro al suelo. El que quede de pie recibirá como premio la rosa que Julia lleva prendida en el pecho. ¿Quieres?

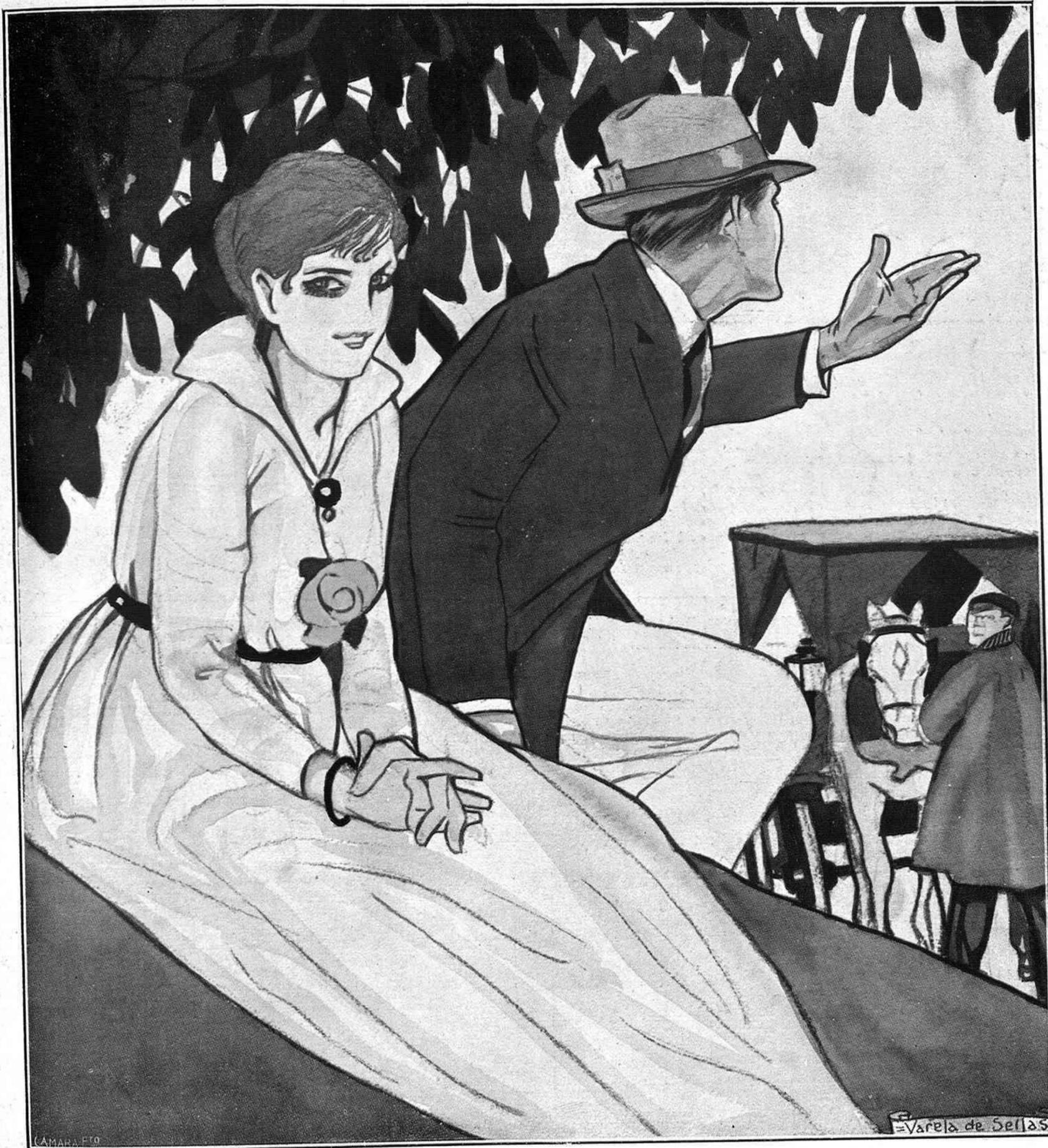
á caer, había engarfiado con las manazas el cuello de Luis. Sólo tuvo éste tiempo de murmurar angustiado:

—No, no. Así, no. Suelta, suelta.

Gritonas, se abalanzaron las muchachas hacia los que ya se debatían sobre el césped.

—¡Suelta, bárbaro, suelta!

Tiraban á Felipón de la blusa. Le pegaban con las sombrillas. Las uñas de Julia se hundieron en las mejillas del tonto. Este se alzó entonces



rones de las cabalgaduras. Luis hubo de oír sonriente el relato de lo sucedido por la mañana en la plaza. Murmuró Julia:

—¡Pobre Felipón! Parece mentira que siendo tan corpulento pueda ser tan infantil. ¡Porque debe tener una fuerza enorme!

Rebrincó la majeza en el corazón de Luis. También podía él alardear de vigor. Y le asaltó rápido el deseo de mostrar ante Julia su fortaleza. Gritó:

—¡Eh, tú, Felipón, ven!

Todos reían. El tonto, boquiabierto, miraba á Luis y á la enrojecida y tentadora flor. Insistió Luis, disponiéndose ya á coger á Felipón por la cintura. Y el tonto, en cuya resolución debió influir mucho la quemazón de reciente vinillo trasegado, también se abalanzó hacia Luis. Se atezaron por las cinturas. Firmes, inmovibles permanecieron los dos corpachones mozos durante unos segundos. Se vió un momento vacilar á Felipón. Y de repente sucedió lo brutal, lo terriblemente brutal. El tonto, viéndose próximo

con el semblante arañado y el mirar chispeador y la risa sobre la bocaza inmensa. Y á sus pies quedaba el otro con la vida rota.

Corrieron las muchachas empavorecidas y clamantes:

—¡Socorro, socorro!

Y Felipón también echó á correr gritando:

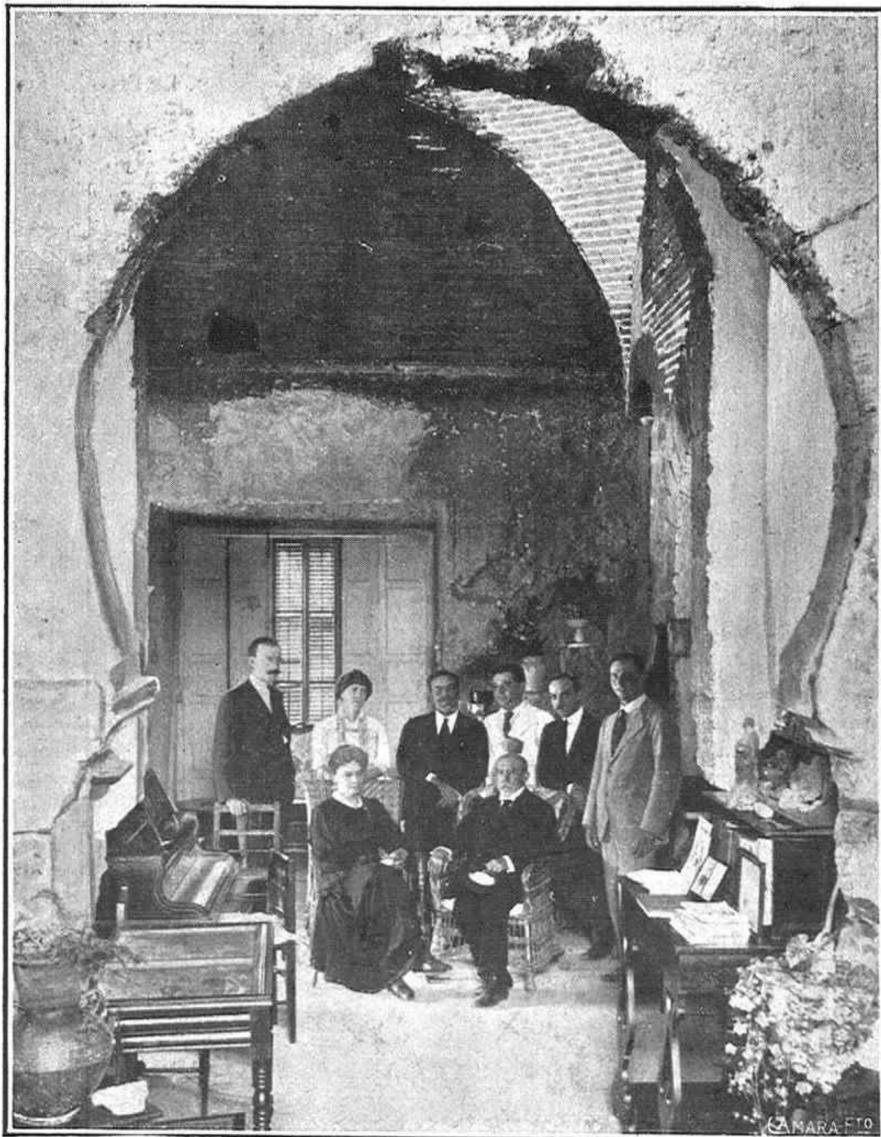
—¡Yo gané la rosa, yo gané la rosa! ¡Ju, ju, ju!

BENIGNO VARELA

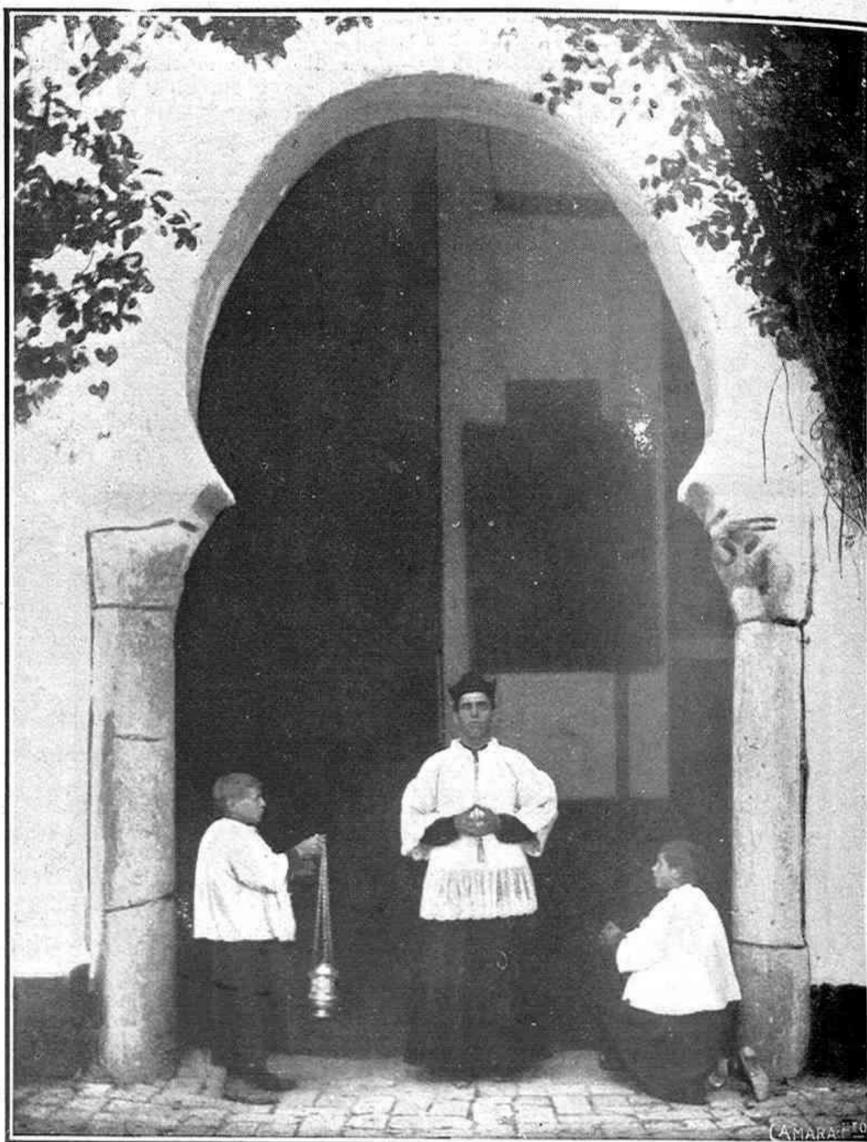
DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



Niebla y la Escuela Anglo-Hispana de Arqueología



El presidente de la Comisión Provincial de Monumentos, D. Lorenzo de la Cruz, y la directora de la Escuela Anglo-Hispana de Arqueología, señora de Whishaw, en la visita que el primero hizo a esta importante fundación

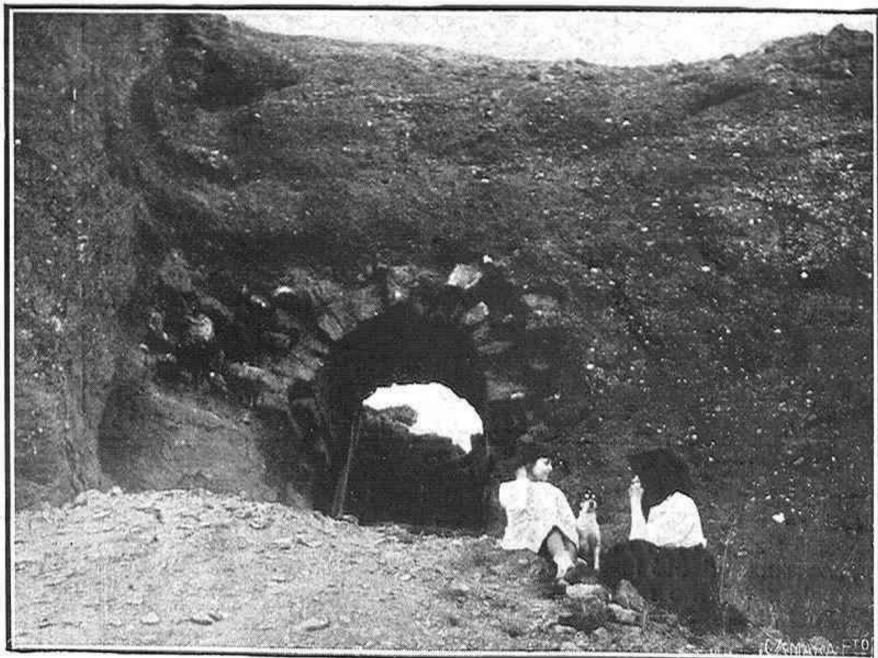


Arco de entrada a la primitiva basílica de Santa María, reformado por los cristianos mozárabes durante la dominación agarena. Esta basílica fue la Catedral de Niebla hasta después de la reconquista, en 1248

La pintoresca villa de Niebla, en la provincia de Huelva, está llamada a ser un importante centro del turismo, merced a sus interesantes ruinas y a sus valiosos monumentos y a los estudios y trabajos que viene realizando la Escuela Anglo-Hispana de Arqueología, bajo la inteligente dirección de la Sra. de Whishaw. Esta ilustrada profesora ha merecido recientemente la distinción de ser nombrada socio honorario de la Sociedad Colombina de Huelva por los trabajos que realiza en favor y benefi-

cio de la región. Las históricas ruinas de Niebla merecen ser visitadas y estudiadas detenidamente. Un escritor ha dicho de ellas que ofrecen al viajero la imagen exacta de la Edad Media. De un lado se descubren torres cuadradas como las de la Alhambra granadina, ajimeces moriscos y arcos de herradura; de otro lado se ven torreones, cortinas y ventanas ojivales. La mayor parte de las fortificaciones pertenece a la época de los árabes. Así lo demuestran la estructura de los torreones y la arquitectura de las

puertas, entre las cuales descuelga por su belleza y por su mérito la llamada del Socorro. Muy cerca de esta puerta se encuentra el plano cubierto por los escombros del antiguo alcázar. El aspecto es triste, desolador, con la amenaza de la ruina. En las piedras, en el suelo, crecen las plantas trepadoras, envolviendo los sillares en su enmarañado tejido. La labor de la Escuela Arqueológica de Huelva merece, pues, los mayores elogios, porque dedica su atención a piedras venerables por su historia.



Arco de construcción prerromana, descubierto por los alumnos de la Escuela Arqueológica



Interesante y pintoresca vista de la torre romana, con un balcón árabe, mirando a Rio Tinto

Importantes declaraciones de la señorita María Luisa

Ni siquiera pensé que podía haber alguien allí dentro, de modo que he empujado la puerta, sin los acostumbrados golpecillos, ni el ¿se puede?, sin avisar. Como siempre, la casualidad me proporcionó un delicioso hallazgo, y como casi siempre, la indiscreción ha resultado discretísima...

Porque sorprendí a mi prima María Luisa abandonada a sus ilusiones frente a un espejo.

—¡Ay!

—Perdona... Soy yo... No sospechaba...

Se encienden las mejillas de la muchacha, igual que esos globos de cristal esmerilado que pasan instantáneamente de su albura a un vivo color rosa, por gracia de la luz. Mi prima se ruboriza porque yo la contemplo tal como ella se ve en su deseo de perfección, y que es como la reflejaba la luna. En los característicos tambores de cartón, en un armario, en todos los rincones, guarda María Luisa una serie interminable de sombreros, cintas, adornos. No faltan el ancho fieltro mejicano ni la pluma de avestruz que enreda sus rizos con los de la nuca. Sobresalen como un trofeo encima de una butaca. Una diminuta *casquette*, ol-

antiguo casco de paja de Italia, una brida, unas flores, y ya mi prima cree poseer la palanca que solicitaba el sabio para desquiciar al mundo. En lo que toca al punto de apoyo, se lo ofrece el espejo. Mi repentina llegada ha desbaratado escena tan adorable.

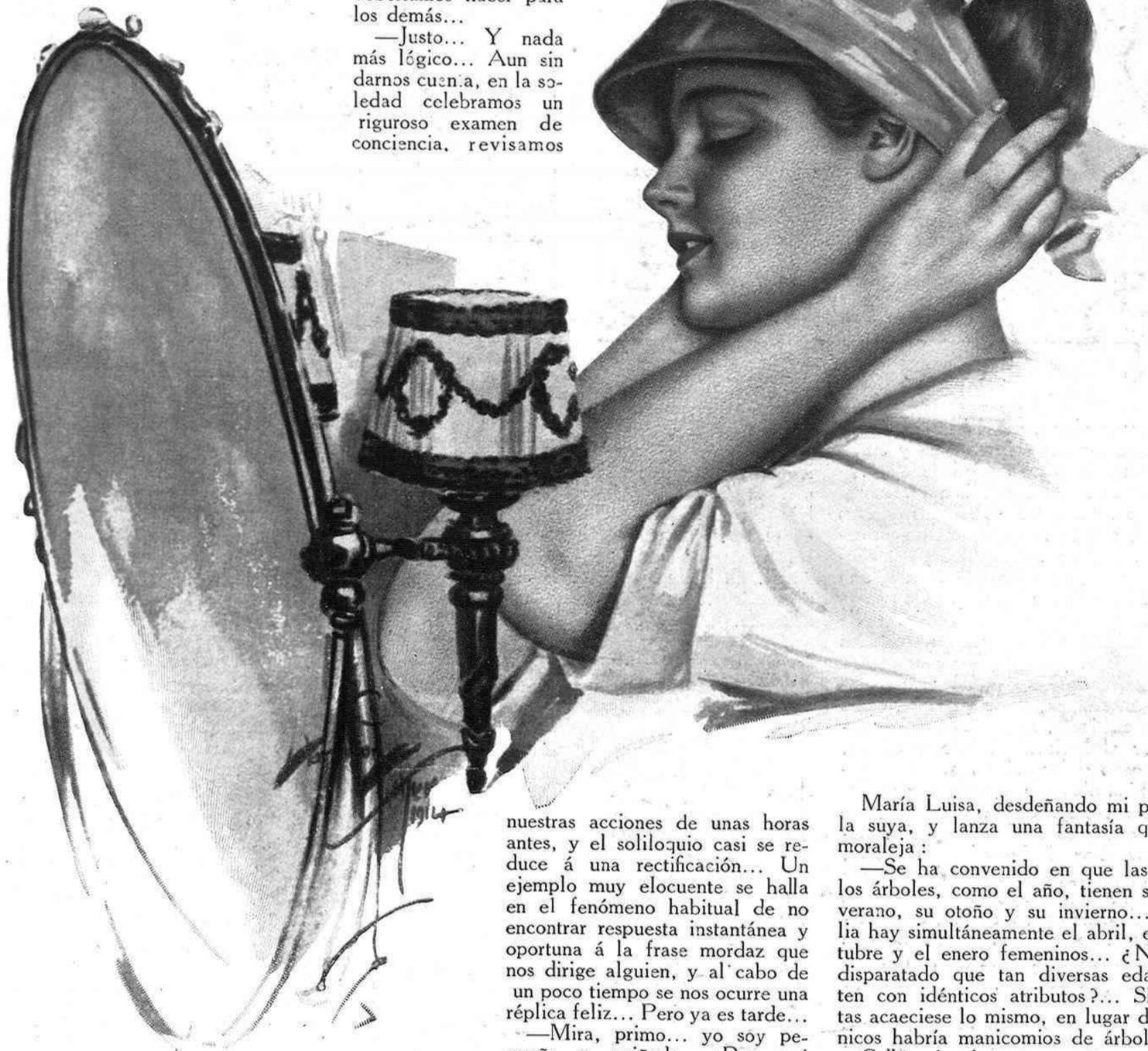
—Sigue...—me permito suplicar—porque yo no sigo ya adelante.

Se tranquilizó la colegiala, y, en efecto, quisiera continuar sus pruebas y ensayos, pero una repentina torpeza dificulta sus propósitos. Ha intentado entonces un alarde de descaro, con que adquiere el momento un carácter carnavalesco, del todo inoportuno. Por fin, se suspende la comedia y hablamos con una filosófica gravedad.

—Cuando estamos á solas con nosotros mismos—observa el diablajo de María Luisa—es precisamente cuando hacemos aquello que deberíamos hacer para los demás...

—Justo... Y nada más lógico... Aun sin darnos cuenta, en la soledad celebramos un riguroso examen de conciencia, revisamos

—Lo que va del hombre á la mujer... Porque á nosotros, la vocecilla esa de la conciencia, en lugar de vestimos, como á vosotras, nos desnuda... Sí, nos desenmascara los sentimientos hipócritas y falaces, nos señala el camino del deber... que tampoco recorreremos en ninguna ocasión...



vidada en una percha, allá en lo alto, semeja á los nidos que las golondrinas abandonan en los aleros, cuando se marchan con no menos ligereza que los pensamientos que ha cobijado la sedena gorrita. Y he aquí á la damisela que despreña las modas, y se entretiene con el juego de inventar una aureola para sus cabellos, que realizan el imposible de retorcer un rayo de sol, para su rostro claro y auroral. Un trozo desgarrado de un

nuestras acciones de unas horas antes, y el soliloquio casi se reduce á una rectificación... Un ejemplo muy elocuente se halla en el fenómeno habitual de no encontrar respuesta instantánea y oportuna á la frase mordaz que nos dirige alguien, y al cabo de un poco tiempo se nos ocurre una réplica feliz... Pero ya es tarde...

—Mira, primo... yo soy pequeña y aniñada. ¿Por qué he de aceptar los chambergos, las botas polainas y otras prendas de cazador de leones, que me envuelven como á los chicos el gabán de papá?... En cambio, ¿si yo tuviera arranque para salir á la calle con los cuatro cintajos que me probaba á solas!... Todas las mujeres tenemos el mejor de los modistos en esa vocecilla interna que no deja de amonestarnos nunca, y á la que no obedecemos jamás...

María Luisa, desdeñando mi prédica, reanuda la suya, y lanza una fantasía que vale por la moraleja:

—Se ha convenido en que las mujeres, como los árboles, como el año, tienen su primavera, su verano, su otoño y su invierno... En una tertulia hay simultáneamente el abril, el agosto, el octubre y el enero femeninos... ¿No es absurdo y disparatado que tan diversas edades se presenten con idénticos atributos?... Si con las plantas acaeciese lo mismo, en lugar de jardines botánicos habría manicomios de árboles...

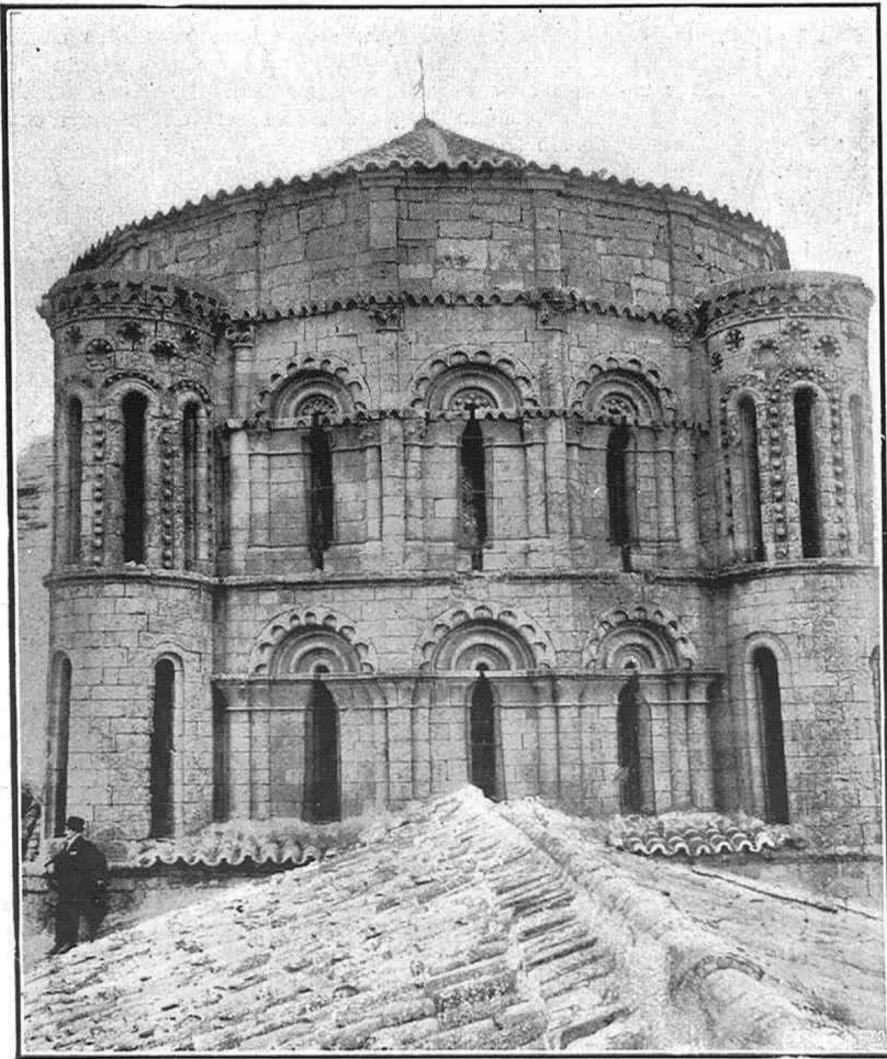
Calló mi prima, y yo me sentí alucinado por la idea de haber oído una fábula en que, según las licencias proverbiales de los fabulistas, que hacen disertar al león y la nube, el personaje principal era una flor, la apenas entreabierto rosa blanca, lunática y de Niza que parece María Luisa, el encantador muñequín.

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

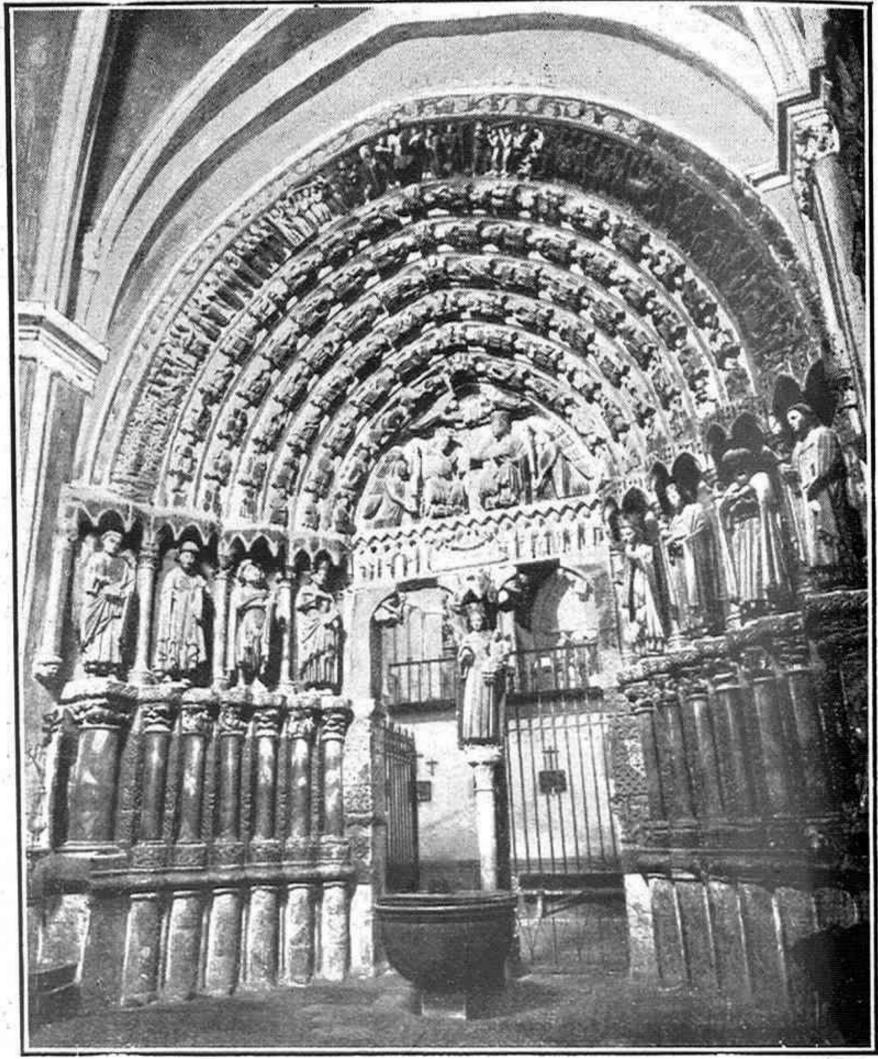
DIBUJO DE HARRISON FISCHER

ARTE ESPAÑOL

LA CIUDAD DE TORO



Cimborrio



Puerta del Oeste

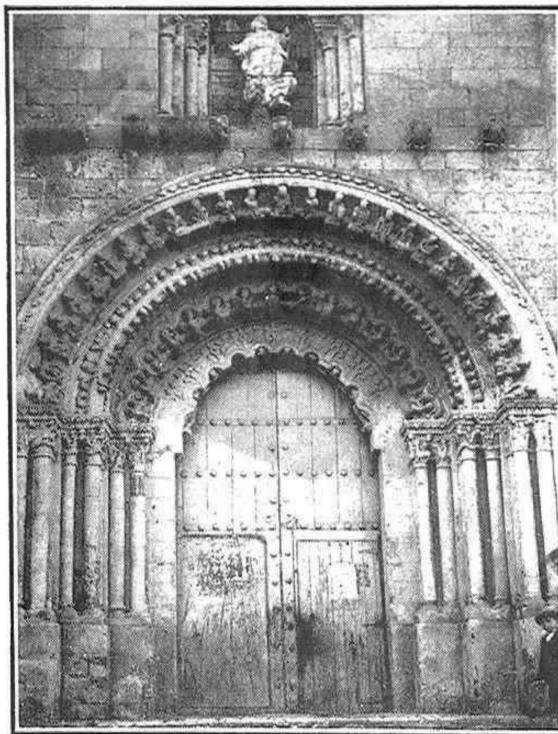
SOBRE una gran altura, sobre la vega riente, sobre el río sereno, toda erguida y empinada, hállase la noble ciudad de Toro.

Caminando por la orilla fresquísimas y sombrosa del Duero, vese, por entre los árboles espesos de la baja ribera, allá en la eminencia de un cerro arenoso, la elegante y severa silueta del cimborrio con que se remata y adorna la vieja iglesia de Santa María la Mayor: la Colegiata.

La Colegiata, que se yergue sobre la linde del barranco y asienta allí sus sillares, tostados y centenarios, frente al verde tapiz de «jotas» y viñas, siempre nuevo y siempre viejo; la Colegiata que, como un atalaya, como un vigía, como un recio soldado centinela, se adelantó á la quebrada para mirar al horizonte lejano y difuso, y allí está hace ocho siglos, bien fija, bien fuerte, bien vieja y bien plantada, arrogante y muda, la perla toresana. Parejo de la Colegiata, no lejos de ella y caballero también sobre el barranco, el alcázar, hoy desfigurado y deforme, vela y guarda á la ciudad, una ciudad de recuerdo tan sólo. Unióse en otro tiempo la fortaleza con el río por una barbacana que, á su vez, defendiera la puente, y sería como los viejos muros—que en parte se conservan—de segura fábrica romana: canto rodado y hormigón, hoy verdadera roca...

Mas volvamos á Santa María la Mayor. Es una joya. Forma grupo con la catedral de Zamora y la vieja de Salamanca. Huelga decir que es románica, y no es de este lugar tampoco discutir si, con sus dos hermanas, obedece á un tipo borgoñón en sus comienzos que, por influencias posteriores aquitanas, recibe bóvedas de este estilo en algunas naves y cúpulas orientales, con linterna, ó si son, desde luego, aquitanas las tres iglesias, en toda su traza, con cúpulas perigordinas de torrecillas y remates poitevinos y portadas poitevinas y saintongesas.

La Colegiata de Toro es un bellissimo templo de tres naves; planta de cruz, poco marcada en los brazos menores; pórtico—hoy capilla bauismal—; cabecera de tres ábsides semicirculares; bóvedas de cañón apuntado en la nave mayor y en el transepto y cupuliformes sobre nervios en las colaterales; los ábsides tienen cascarón de horno. El brazo mayor de la cruz resulta, en la planta, corto con relación á la anchura del monumento.



Puerta del Norte

Todos los arcos, en lo interior, son apuntados sobre columnas de capiteles muy sencillos, algunos almenados, como los de la catedral de Zamora.

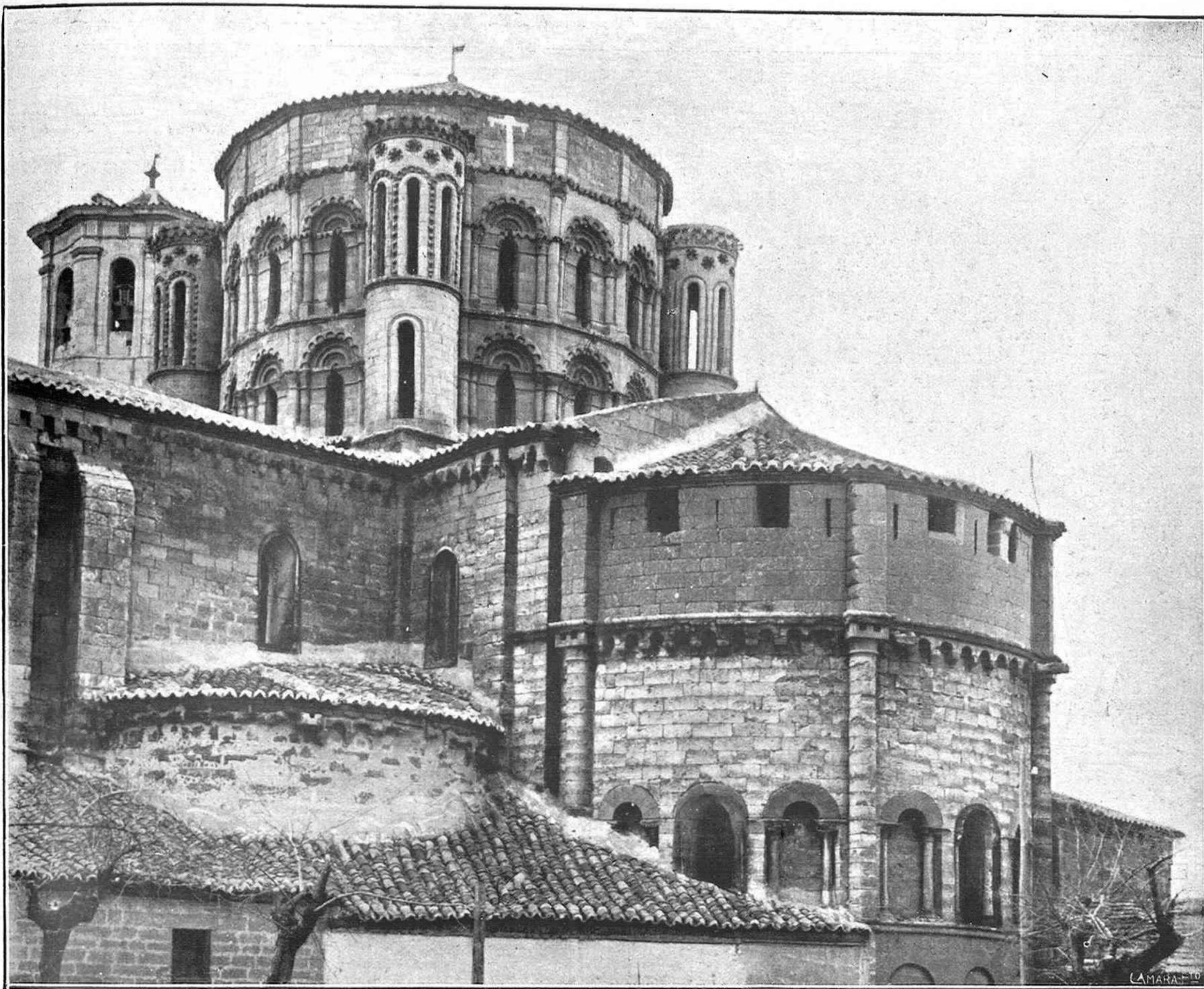
En el crucero, sobre pechinas, se levanta la bellissima cúpula: una linterna con dos órdenes de ventanas separadas por columnas que apean otros tantos nervios sobre los que se asienta el casquete semiesférico, gallonado.

Al exterior es de una gallardía y de una firmeza admirables; decóranse las ventanas con gruesos grumos y arquillos y rodean á la linterna cuatro castilletes, con huecos rasgados y estrechos y bolas labradas como capullos. Los capiteles tienen hojas y bolas pendientes, y la cornisa de todo es de arquillos apuntados.

Carecen los castilletes de la cubierta cónica primitiva, y la cúpula debe tenerla oculta bajo el tejado que se le adicionó modernamente, sin duda para evitar filtraciones de agua. Será esa cubierta escamada y con *crochets*, á semejanza de la cúpula salmantina.

También luce mucho el exterior de los tres ábsides, torneados, de columnas adosadas y capiteles almenados, ventanas ciegas y corona de arquillos sobre canes, como en Zamora, Moreuela y Benavente. Así en la cornisa de todo lo viejo del templo.

Tres puertas tiene el templo: las rituales. La del Norte es saintongesa, riquísima, del tipo de las de Santa María de las Damas, de Saintes, y San Pedro, de Aulnay. De sus cuatro arquivoltas, tres se apean en grupos de tres columnas, lo que da un movimiento extraordinario al ingreso. La otra se apoya en jambas. En una de las primeras, los ancianos del Apocalipsis, elevados á veintisiete—cosa no rara en el románico—por razón de espacio ó de simetría, tañendo instrumentos, algunos de ellos interesantísimos. Otras arquivoltas son vegetales; otras, polilobadas, con



Grupo absidal de la Colegiata

figuritas bajo los arquillos. Sobre esta puerta hay una ventana de la misma traza, notable también. El ingreso del Sur, menos importante, se decora con una fina labor vegetal de abolengo bizantino, ó, mejor, franco-bizantino. Al Oeste se halla la gran portada gótica, que daba al pórtico, hoy baptisterio. Puede atribuirse á esta puerta la fecha de mediados del siglo XIII, es decir, casi un siglo más que lo románico del templo. Se la considera producto de la influencia del pórtico de la Gloria, de Santiago, con la portada de San Vicente, de Avila. Podrá ser, pero creemos que no puede negarse á esta de Toro un influjo, bastante marcado, de lo gótico de la Isla de Francia, algo anterior á ella. Es hermosísima esta portada toresana.

Copiosa de iconografía, tiene escenas de la vida de la Virgen. En el mainel sostiene al Niño sobre el brazo izquierdo, mientras en la mano derecha le presenta una flor. Sobre las grandes columnas laterales, ángeles, reyes y profetas cubiertos con doseletes; en el dintel, bajo arquillos, la Asunción de María; en el tímpano, la Coronación; en las arquivoltas, siguiendo la curva, bustos de santos bajo doseletes, y, en fin, en la arquivolta última, una espléndida representación del Juicio Final: Cristo-juez en el centro, justos á su derecha, réprobos á su izquierda. Esta escena tiene las figuras en sentido radial...

Naves y capillas de la Colegiata se iluminan por ventanas, algunas en luneto, y por rosetones

exornados en los testeros del transepto y en la nave de la Epístola.

Por la puerta del Norte salimos á una plaza llena de silencio. Desde aquí se goza bien de toda la fachada de la iglesia... Y, al dejarla, tórnase á mirarla el que la deja, y jura volver.

Una calle ahora, y allá, en el fondo, en lo alto de la cuesta, la Torre del Reloj, cabalgando sobre la vía. Cierra la perspectiva bellamente la torre, muy gentil. Es rarísimo este caso de torre-reloj en España. No tiene el monumento toresano más fin que ese: sostener el reloj y mostrar las horas á la ciudad y alojar, alta, la campana que tañe las campanadas. Es, sin duda, una buena señal de la laboriosidad de un pueblo éste de levantar una torre para el maravilloso aparato que regula el tiempo y el trabajo. Comenzóse la torre en 1749, y es cuadrada en sus dos cuerpos inferiores, y octógona en los otros dos, á los que rematan cúpula y linterna.

El románico de ladrillo, castellano-leonés, tan de tierras secas y horas de buena piedra, pudo levantar algo como esto, mas no superior en gracia y gentileza. Los grandes templos de Sahagún, de Arévalo, de Olmedo, de Cuéllar, tienen su fama bien ganada. Son grandes algunos, otros más antiguos; á veces tienen torres hermosas ó cúpulas inter-santísimas, como la Lugareja. Los ábsides de Sahagún, de dos órdenes de arquerías, son más importantes... Pero con todo, no creemos que ganen á la cabecera

del Salvador en elegancia y finura; lucha ventajosamente con los ábsides más bellos de esta arquitectura en España. Fué iglesia de Templarios y parece levantada en la primera mitad del siglo XIII. Es de disposición enteramente románica y buen ejemplar de la maestría a que llegaron aquellos artífices y directores en esta labor de traducir lo de piedra al ladrillo y en conseguir efectos de positiva belleza.

Tenía Toro más monumentos así. Se conserva San Lorenzo el Real y restos del Sepulcro, del siglo XIII también.

□□□

Ahora, lector, tornemos á la Colegiata; digámosle adiós, emocionados.

Aquí, desde el Espolón, frente á sus ábsides, coronado el grave conjunto por la linterna arrogante y sobria, que hace pirámida á todo el monumento, en una sucesión de masas y de líneas, en una armonía maravillosa, completada por el color, aquí, decimos, estemos quietos, callados y recogidos, y miremos la obra.

Diríase que produce descanso, que difunde alivio de fatiga; así, frente al monumento, reposando en su belleza, va el tiempo, lento, más pura y serenamente...

Y, á nuestros pies, espléndida y abierta, la ancha vega, llena de luz y cortada por el Duero, pausado y brillante, como lo que es, como un río claro.

FRANCISCO ANTON

LA CAPA DE LA BOHEMIA



Pobre manto andrajoso
que sabe el drama angustioso
de mi amargo corazón.
¡Viejo tabardo glorioso
de Verlaine y de Villón!
Rota capa, compañera
de mi loca juventud,
tú como insigne bandera
has de cubrir mi ataúd.
Tú fuiste tapiz, al paso
de unos blancos pies pequeños,
tú has volado en el pegaso
de mis sueños.
¡Oh, tabardo corcusido
de la pobreza ropón!
¡Tú sabes cómo ha sentido
la vida mi corazón!

Galánamente terciada,
oíste dulces acentos

junto á una reja entornada
y otras noches fuiste almohada
de mis tristes pensamientos.
Tú has sido en mi mocedad
trofeo de galanía
y pendón de rebeldía
contra la vulgaridad.
Y en torvas encrucijadas
de las perdidas callejas
supiste de cuchilladas
y de gentiles tapadas,
como en las rancias consejas.
Que en tu gentil compañía
ya sabes tú cómo urdía,
quimera tras de quimera,
la loca devanadera
de mi ardiente fantasía.

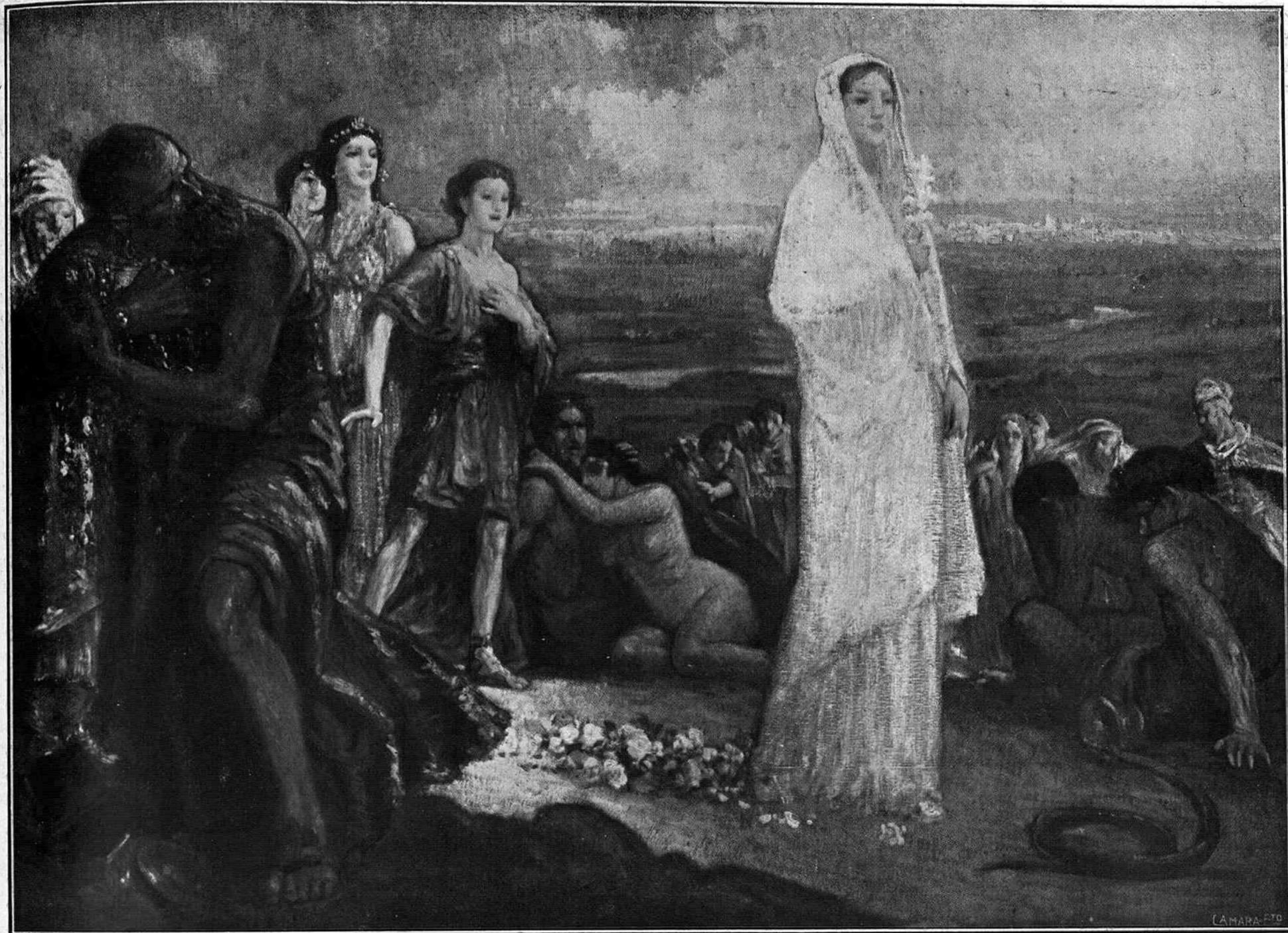
Capa de los galloferos,
del ingenio y la trapaza,

que siempre halló buena traza
de hurtar á los hosteleros.
Capa ungida de ideal
por esa triste poetambre,
que hace brotar de su hambre
la rosa de un madrigal.
Tú conoces los secretos
de esas frentes visionarias,
que van tejiendo sonetos
por las calles solitarias.
Tú has sido la compañera
de mi triste juventud,
y como rota bandera
has de envolver mi ataúd.
¡Viejo tabardo glorioso
de Verlaine y de Villón:
qué bien sabes tú el penoso
drama de mi corazón!

EMILIO CARRÉRE

DIBUJO DE BARTOLOZZI

BARTOLOZZI



APÓLOGOS

CÓMO PECA LA VIRTUD

ERA después de la cena y antes de que empezaran á llegar los invitados á la tertulia nocturna. Solamente los amigos íntimos saboreaban el café en las chinescas tazas y los licores aromáticos en los diminutos cálices de plata. Todavía silenciosos, y ya iluminados, el salón, en que se bailarían exóticas danzas y el gabinete discreto donde se formarían las partidas de pocker.

Uno de los comensales había cogido distraído un periódico y luego, ya más interesado en su lectura, pareció aislarse de la general charla.

—¿Qué lee usted con tanta atención, amigo mío?— le preguntó la dueña de la casa.

—Algo interesante, señora. Como todos los años, la fundación de San Gaspar anuncia su concurso anual para la adjudicación de premios y socorros al amor filial, á la abnegación, á la probidad, á la indigencia soportada noblemente, á los literatos pobres ó á sus viudas que con ellos compartieron la miseria y la ilusión, á todo cuanto, en fin, se considere como ejemplo y enseñanza de virtudes.

—¿Y eso le interesa?

—Sí; porque coincide con el anuncio de una vacante de académico en la Española de la Lengua y con la del premio que este mismo organismo concede á la mejor obra teatral representada en los últimos años. En aquel caso se premia la virtud. En este otro, ¿podríamos estar seguros de que se premia el verdadero talento?

—¿Por qué no?

—Hay motivos para suponerlo. La fundación de

San Gaspar conoce muy bien la humana psicología y sabe que un hijo amante de sus padres, que un hombre abnegado y de reconocida probidad, no se acerca á un Jurado para decirle: «¡Eh, señores! Miren que yo amo á mis padres, que vivo en una honrada penuria y cumplí siempre con mi deber.» Las personas que obran con arreglo á los dictados de una conciencia pura, no placean nunca la propia virtud, y si la placean ya no merecen la ajena alabanza. Por esto la Corporación de San Gaspar admite las solicitudes de cualesquiera otras personas en favor del que, siendo inevitablemente bueno, es irremediabilmente modesto.

—En ese caso, amigo mío, debía existir otro premio para los «descubridores de virtuosos». Porque es tal de flaca y de mísera la Humanidad, que resulta mucho más difícil encontrar un hombre capaz de decir: «Fulano es bueno», que un hombre dispuesto á exclamar: «Yo soy bueno».

—Conformes, señora. Pero no desviemos la cuestión. Afirmé que la verdadera virtud es aquella que no encuentra en la ostentación de sí misma la ruta de un pecado inédito. Voy á demostrárselo á ustedes.

Y poniéndose de pie, señaló hacia un cuadro de grandes dimensiones que decoraba uno de los muros del salón.

—En ese lienzo ha representado el artista el triunfo de la Virtud. Todo en él responde á una exaltación de inmaculadas purezas y serenas castidades. Va la virgen envuelta en sus blancos velos por un camino que ante sus pies ofrece víboras y que detrás de

sus pies queda florido. Este gigante de cálidas y áureas tonalidades tizianescas le ofreció las riquezas, incontables de tan profusas. Aquella cortesana la salió al paso resplandeciente de joyas é insultante de hermosura, como un espejo de porvenir. Sus ojos cándidos y tranquilos se posaron sin la menor turbación pero también sin el menor deleite en el grupo de la mujer desnuda y del jayán de hercúleos miembros á quienes la voluptuosidad embriaga. Desoyó, incluso, la voz dulcemente emocionada del mancebo que ni la prometía riquezas, ni poderío, ni sensualidad, sino el amor, todo el amor encantado de ternura que la adolescencia es la única capaz de sentir. Ella ni volvió siquiera la cabeza para oír los ingenuos galanteos. Y, sin embargo, esta mujer que supo rechazar los capitales pecados con que la ajena envidia puso sitio á su virtud, no supo librarse de pecar. Pecado inocente, venial, que hace sonreír bondadosamente: pero pecado al fin. Fijáos que lleva en la mano 'a simbólica azucena. Ese es su pecado. Muestra la azucena como una vanidad de la propia virtud, cuando le bastarían sus velos blancos y sus pupilas tranquilas y su paso seguro... He aquí, por lo tanto, amigos míos, cómo el hombre ilustre que solicita un sillón en la Academia ó remite á los académicos su obra teatral, imaginándose digno de la inmortalidad ó merecedor de unos miles de pesetas, es como esta casta doncella, á quien su virtud envanece hasta el punto de mostrarla en su mano derecha simbolizada por una azucena...

JOSÉ FRANCES



LAMARA '20

EL INVIERNO EN LAS TRINCHERAS

Las épocas propicias para las grandes ofensivas son el otoño y la primavera, sobre todo ésta, que apenas inicia la bonanza del tiempo, hace recrudescer la brutal pelea en todos los frentes y en todos los sectores, pasando los ejércitos beligerantes de la guerra anodina de trincheras a la lucha sangrienta de posiciones, a la pelea firme y franca que tiene objetivos más amplios que contestar al nutrido fuego de los atrincheramientos enemigos vecinos y que minar el subsuelo, no sólo para buscar cómodo abrigo contra las duras inclemencias del tiempo, sino también para continuar bajo la tierra la trágica y encarnizada pelea.

No es la estación invernal propicia a grandes acontecimientos bélicos; durante ella la lucha adquiere monótona uniformidad, y a lo sumo les es dado a los ejércitos que dominan a sus rivales por la fuerza del número y la del material guerrero, sostener la tenaz presión de empuje táctico en avances lentos, seguidos de vigorosas reacciones del contrario.

En las zonas del Norte de Europa, donde únicamente hizo aparición en esta campaña la maniobra estratégica, la nieve cierra los desfiladeros de las montañas e imposibilita en valles y caminos las precisas marchas y contramarchas de las unidades combatientes; inmensos témpanos de hielo cierran los puertos y cubren los ríos, imposibilitando el tráfico de barcos portadores de víveres y pertrechos, así como el cruce de las corrientes de agua, ante el justificado temor de que el peso excesivo de cañones y carruajes de los convoyes de víveres y municiones resquebraje la capa de hielo, sepultando en las frías aguas a los que tengan la audacia de intentar el difícil paso, además, el ganado resbala en la dura escarcha de los caminos, las ruedas de los carruajes patinan; para la limpieza de vías férreas cubiertas de



Un oficial inglés atravesando un poblado anegado por las últimas lluvias

profunda capa de helada nieve no bastan las locomotoras quitanieves, ni las máquinas pilotos, y las bajas temperaturas reinantes imposibilitan toda acción vigorosa de los hombres que forman en aquellos ejércitos.

En tierras occidentales no es tan extremada la paralización; pero si los ríos no se cubren con una capa de hielo, las torrenciales y continuadas lluvias aumentan el caudal de sus aguas y dan a su curso velocidades que impiden la navegación y obturan los naturales vados.

las infanterías respectivas, pequeños encuentros de patrullas y persistente tiroteo entre las avanzadas.

En Oriente, la forzada paralización tendrá ráfagas de actividad, nerviosidades de inquietud, y luego, cuando la primavera inunde de vida los campos, los hombres fertilizarán el suelo que defienden obstinadamente con la sangre generosa que pretende redimir a los pueblos de pasados errores.

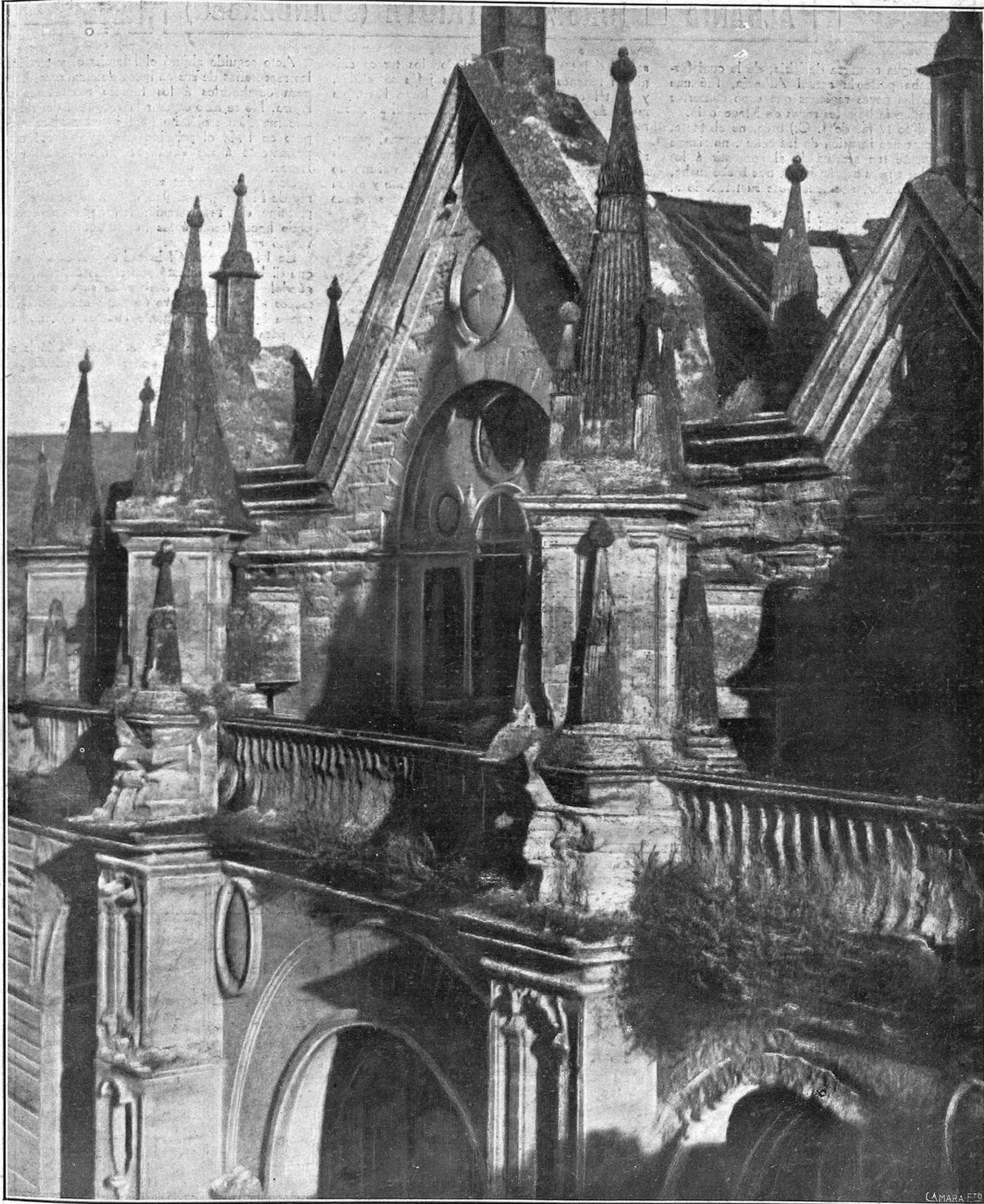
CAPITAN FONTIBRE

El invierno en las trincheras es el peor enemigo de los soldados combatientes, es el rival más poderoso, contra el que nada pueden la firmeza de espíritu, la solidez de una diestra disciplina y el loable afán de obtener la victoria.

La época de los fríos intensos y de las lluvias pertinaces es un forzado paréntesis en la energía de la pelea, que la aprovechan los beligerantes para preparar convenientemente la campaña primaveral, reforzando en la debida proporción los servicios de retaguardia, adiestrando en el ejercicio y manejo de las armas a los neófitos en la general profesión, completando los cuadros de oficialidad y de tropa, fabricando inmenso caudal de proyectiles de todos los calibres, de armas de todas las variedades, de máquinas guerreras de todas las especies, de carruajes de todas las variedades, de elementos, en fin, que le den a sus ejércitos la pretendida superioridad, mientras los Estados Mayores estudian y maduran planes bélicos que conduzcan en su día a la anhelada victoria.

Hogaño, continuarán en Occidente la presión tenaz de las huestes anglo-francesas en el sector que limitan el Ancre y el Somme, mientras en los demás sectores de este frente tal vez sea la artillería la única arma que sostenga la diaria lucha, acompañándola en su guerrera acción ligeras escaramuzas de

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



DETALLE DE LA FACHADA DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA, DE ANTEQUERA (MÁLAGA)

FOT. SOL

Este hermoso templo, antigua Colegiata y hoy parroquia mayor, es uno de los edificios más suntuosos de cuantos existen en esta bella población andaluza. Construido todo él en cantería, recuerda, por su estructura, las antiguas construcciones góticas, siendo de admirar, especialmente, el soberbio trazado de su interior, compuesto de tres anchurosas naves

FUNDADORES DE ESTADOS
ALBANIA □ JORGE KASTRIOTA (SCANDERBEG)

LA antigua comarca de Iliria, de la cual formaba parte la actual Albania, fué una de las pocas regiones que supo conservar su independencia bajo los reyes de Macedonia.

En el siglo IV (a. de J. C.) tuvo, no obstante, que rechazar una invasión de los celtas, no siendo posteriormente tan afortunada al combatir á los romanos, los cuales consiguieron, tras breve lucha, vencer á los ilirios, anexionándose su territorio al Imperio.

Al procederse á dividir los dominios romanos, formó parte la Albania del Imperio de Oriente, y bajo el cetro de los soberanos bizantinos defendió victoriosamente sus costas contra los ataques de los godos, búlgaros y normandos. En el interior no le fué tan propicia la fortuna como le había sido en el litoral, pues los eslavos hicieron repetidas incursiones, apoderándose los serbios de algunos territorios del Norte, y los búlgaros de la parte Sur.

A principios del siglo XIII se dividió la región albanesa, quedándose con el interior y gran parte del despojado de Epiro los emperadores griegos, y pasando las costas al dominio de los reyes de Nápoles, que las retuvieron algunos años, hasta que finalmente las cedieron á la República de Venecia.

En la región Norte, junto al lago de Scutari, los serbios fueron poco á poco invadiendo el territorio que bajo el reinado del gran príncipe serbio Esteban Duschan se apoderaron totalmente de la Albania.

Esta quedó repartida entre varias familias nobles, siendo las más importantes las de Arianites, Musachi, Topia, Kastriota, etc. De esta última procedía el patriota albanés que debía arrancar á su país del yugo turco para erigirle en principado independiente.

Llamábase dicho príncipe Jorge Kastriota, y posteriormente Scanderbeg (en turco Iskenderbeg), y había nacido en 1414, siendo hijo de Juan Kastriota, uno de los principales jefes albaneses.

Al iniciarse la invasión de los otomanos en Albania, sus naturales pelearon valientemente, defendiendo palmo á palmo su territorio ante el avance de las tropas turcas; pero agobiados por el número, tuvieron que sucumbir á sus enemigos, que pronto se hicieron dueños de toda la región albanesa.

Concluída la campaña y para asegurarse la po-

sesión del territorio conquistado, los turcos exigieron rehenes á los principales jefes sometidos, y en tal concepto fué el joven Jorge Kastriota mandado por su padre á la corte del Sultán Mourad II.

Llegado que fué á la capital otomana, procuró Scanderbeg captarse las simpatías de sus dominadores, comenzando por abrazar el Islamismo, lo que le valió el ser admitido en el Serrallo y algún tiempo después ver recompensados sus servicios



JORGE KASTRIOTA (SCANDERBEG)

nombrándole *sandjakbej*, cuando aún no contaba dieciocho años.

En 1442 aprovechó el soberano turco la ocasión de haber fallecido Juan Kastriota para anexionarse definitivamente la Albania á su Imperio, y no satisfecho con esto, envió á Jorge Kastriota para que conquistara la Serbia.

Llegado que fué á su país natal, la nobleza albanesa le instigó para que abandonase la causa del sultán y á que, apoderándose de los Estados que habían pertenecido á su padre, se proclamara príncipe independiente.

No debieron desagradarle á Scanderbeg los consejos de sus compatriotas por cuanto se sublevó contra los turcos, apoderóse de Croia, antigua capital de la Albania, y proclamando la independencia, fundó el principado albanés.

Acto seguido abjuró el Islamismo, y temiendo las represalias de sus antiguos dominadores, llamó para combatirlos á los feroces montañeses de Epiro. No se hizo esperar la venganza del sultán, que mandó un ejército para someter al rebelde, pero en 1444 el príncipe albanés destruyó completamente á sus enemigos en las llanuras de Dibra.

Scanderbeg entonces concertó alianza con el rey de Hungría, Ladislao, y con Juan Hunyades príncipe de Transilvania. En estas condiciones pudo hacer frente á las tropas turcas, á las que venció repetidas veces.

En 1449 derrotó á Mourad en dos ocasiones en que dicho sultán intentó poner sitio á Croia, obligándole finalmente á desistir de su empeño. No menos afortunado estuvo contra Mahometo II, al que aniquiló sucesivamente cuantos ejércitos envió para combatirle.

En medio de sus victorias le sorprendió la noticia de haber caído en poder de sus enemigos la ciudad de Constantinopla (1453), pero ese contratiempo, lejos de enfriar su entusiasmo, le hizo adquirir nuevos bríos para pelear contra los invasores, pudiendo asegurarse que su largo reinado no fué sino una lucha continua contra los mahometanos, en la que la mayoría de las veces llevaron éstos la peor parte.

En 1462 aprovechó Scanderbeg una tregua establecida con el sultán para pasar á Nápoles en defensa de su rey Fernando I, contra las pretensiones de Juan de Anjou. De regreso á Albania, reanudó sus campañas contra sus eternos enemigos; pero cuando con mayor ahinco sostenía la lucha, le sorprendió la muerte en Alessio, minado por las fatigas de las innumerables campañas en que había tomado parte.

Los sucesores de Scanderbeg, faltos de la energía y genio militar de aquél, no tardaron en ser derrotados por los otomanos, perdiendo la independencia que á costa de tantos sacrificios había logrado el difunto príncipe.

Así fué como la Albania volvió á formar parte de Turquía, si bien debe advertirse que en el interior jamás pudieron ser dominados sus feroces montañeses, que conservaron y han conservado hasta el día la santa independencia que les había legado su queridísimo príncipe, el esforzado caudillo albanés Jorge Kastriota Scanderbeg.

C. URBEZ

ESPAÑA PINTORESCA Y ARTÍSTICA



Casa de los Cuetos en Sobremazas (Santander)

FOT. REDONET